

## Democracias pirata

Tomado de VERDÚ, Vicente.  
El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción.  
Editorial Anagrama, Barcelona, 2003. pp. 91-99.

La democracia ha dejado de ser una conquista difícil de alcanzar. De los 192 países que componían el mundo en 2001, 121 fueron considerados por Freedom House “democracias electorales”, mientras que diez años antes eran solo 76.

Desde la caída del Muro de Berlín, apenas hay nuevo régimen que no presuma de libertades democráticas y, por primera vez en la historia, la población que vive en países autodefinidos como democráticos supera a la mitad de la humanidad. Sin embargo, una cosa es que las recientes democracias sean “electorales” y otra que disfruten de la necesaria calidad institucional. Una cosa es que sean democracias auténticas y otra que se trate de democracias pirata, elaboradas bajo la corriente mundial de homogenización y la liquidación de barreras ideológicas.

Durante los últimos quince años, la democracia ha viajado por el Este comunista, por zonas desvalorizadas del Tercer Mundo y por países que han crecido mucho en los regazos del capital internacional, pero la impresión es que esos sistemas se han revestido con meros disfraces o atuendos democráticos de usar y tirar ni México, ni Venezuela, ni Colombia, ni Indonesia, formalmente naciones democráticas, poseían en 2003 las necesarias condiciones de una democracia participativa, pero existen países, además, como Haití y Zimbabue, la Rusia de Putin, la Malasia de Mahatir Mohamad, que han sido productos democráticos de mentira.

Las democracias proliferan, en fin, por todo el mundo, pero, al mismo tiempo, como los ejemplares de piscifactoría, pierden buena parte de su sabor, porque de la misma manera que se blanquean los capitales corruptos para incorporarse al flujo oficial, se decoloran los regímenes políticos para ingresar en el laxo club del comercio integrado. Bajo estas debilitadas condiciones pocos son hoy los gobernantes que no aspiran a pasar por demócratas, sea esto lo que quiera que sea.

En la última década desde el Pacífico a América Latina, numerosas naciones han sido aceptadas como demócratas no porque cumplieran rigurosamente con la Declaración de los Derechos Humanos, sino con los dictámenes del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Ahora un gobierno se regenera si cumple con el programa de lavado que dictan estas instituciones, y a menudo tal lavado consiste en recetas de política económica que se reflejan en el empobrecimiento de los más pobres y en el aumento del poder del capital. Esto sin contar con que Estados Unidos, por sí solo, se haya adjudicado el papel de instaurar “democracias” aquí y allá como si inoculara una dosis de farmacología política y a modo de las inyecciones de “Botox”, la toxina botulínica, marcara el mundo a su antojo, sin importar la justicia y la equidad.

Ciertamente, los ejemplos de iniquidad capitalista no han faltado nunca, pero hasta hace treinta años el sistema democrático era lo bastante fuerte para establecer algunos frenos. Ahora, sin embargo, ya no parece que sea así. La desigualdad persiste o se acrecienta con la “nueva” democracia y, con no poca frecuencia, los representantes políticos se hacen cómplices de delitos económicos y grandes estafas. “La causa real de los fraudes contables de las corporaciones en América no es otra que la falta de acción de las instituciones democráticas”, escribía Benjamin R. Barber, profesor de filosofía política en la Universidad de Maryland (New York Times, 20 de julio de 2002).

El arrollador protagonismo concedido al mercado por el neoliberalismo ha paralizado numerosos instrumentos de vigilancia estatal, y entre los ciudadanos ha crecido la sensación de que el sistema democrático se encuentra agujereado o poblado de trucos que permiten a los mandamases hacer y deshacer a voluntad. Como consecuencia, la emoción que despertaba la democracia hace medio siglo, tanto en Estados Unidos como en Francia o en España, ha decaído considerablemente y se trata más bien ahora de buscarse cada cual la vida dentro de una organización cada vez menos inclinada a favorecer la igualdad, la justicia y el bienestar colectivo. Los casos de corrupción de políticos, magistrados y empresarios, la colusión entre intereses políticos y económicos de las élites, han provocado una gran desconfianza en los líderes, pero también en los medios de comunicación que antes actuaban como contrapeso. Los periodistas en Estados Unidos han pasado ya a llamarse media workers, queriendo designar una dedicación no volcada en la información veraz sino en cualquier actividad relacionada con el negocio de los grandes grupos multimedia.

“No cabe duda —escribía el profesor Gurutz Jáuregui— de que en los últimos años se ha producido un extraordinario aumento del número de los Estados formalmente democráticos respecto a épocas anteriores. Lo que ya resulta más dudoso es el hecho de que habiendo aumentado el número de Estados democráticos esto signifique, en realidad, un avance de la democracia” (Claves, enero-febrero de 2000, No. 99).

Pero además, el más reciente colapso de los regímenes autoritarios ha venido facilitado no solo por la superioridad de los regímenes democráticos liberales, sino también —y esto es decisivo— “por el progresivo autoritarismo en el que han caído los Estados democráticos liberales”. No se trata por tanto de un viaje en una sola dirección, sino de un nuevo abrazo protervo. Porque efectivamente, los problemas actuales de la democracia no provienen sólo de los sistemas autoritarios, sino también de la propia democracia liberal incluso en los países donde lleva más años de arraigo. De hecho ¿qué pensar de Haider en Austria, de Berlusconi-Fini-Bossi en Italia, de Le Pen en Francia, de Pim Fortuyn en Holanda, de George W. Bush en Estados Unidos?

Pero, también, ¿dónde se encuentran los intelectuales y artistas que antes peleaban convencidos de que la democracia era el sistema de la equidad, de la justicia, de la cultura mejor? En la actualidad, la democratización cultural en forma de cultura de masas ha propagado un nivel indigno. Pero también más democratización en la enseñanza o en la política ha llevado a un punto de degradación que ha defraudado las aspiraciones de hace medio siglo. A la democratización de la cultura ha correspondido el éxito de la mediocridad, a la libertad de partidos ha sucedido el bipartidismo indiferente, a la proliferación acelerada de las universidades una calidad paupérrima. Todos, al fin, con su divulgación han pasado a convertirse en pésimas ediciones. O, en suma, la falaz extensión de la democracia, la vana democratización de la democracia ha derivado en una inesperada enfermedad crónica de la democracia.

La démocratie contre elle-même es el título que publicó Marcel Gauchet (2002), director de estudios en la École des Hautes

Études de Paris, en el que se expone la paradoja del régimen democrático que, precisamente cuando más triunfa en el mundo, sufre el desengaño de no atraer a la política más que a “inconscientes o cínicos completos”. “Por una democracia de calidad” fue el título de un manifiesto que se publicó en El País de España (24 de enero de 1999) firmado por Manuel Gutiérrez Aragón y once intelectuales más ante las elecciones generales de 2000 y a propósito de su deterioro. ¿Fin, pues, de la democracia real?

Después de la democracia (2002) titulaba su último libro Ralf Dahrendorf, director de la London School of Economics, para expresar su propio desaliento ante las instituciones representativas, ahora depauperadas por el traslado de decisiones desde los Estados-nación a las organizaciones internacionales. “Siento una pizca de tristeza y nostalgia por un mundo que ya no existe”, dice. La democracia sobrevive pero parece que no respira bien. O bien: el cuerpo se embellece formalmente pero no es la democracia sana que lo sostiene.

Hace tiempo que todos somos conscientes de que los patrones del mundo no son tanto los personajes políticos representativos como los grandes hombres de empresa. En el foro de Davos reunido en Nueva York en 2002, una de las mesas redondas llevaba por título “The CEO as a Stateman” (El consejero delegado como hombre de Estado), porque, en efecto, ellos son quienes deciden en buena medida el destino de un país o de un puñado de países como “hombres de Estado”. En los años setenta, cuando se votaba, se votaba a candidatos políticos que tenían capacidad para intervenir en el ámbito financiero y monetario. Hoy, sin embargo, en el capitalismo de ficción, el perímetro de la democracia política ha disminuido y se ha ensanchado, a su alrededor, el imperio económico como una célula superior.

Entre los 50 hombres más influyentes del planeta, según Forbes, no aparece hoy ningún jefe de Estado o de Gobierno, sino tan sólo hombres de multientpresas que toman decisiones sin someterlas a ningún parlamento o consulta popular. El último informe del siglo XX del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) dibujaba, a nivel mundial, un retrato sobre la actual vigencia de los emblemas de egalité, liberté y fraternité.

¿Igualdad? En los países occidentales, la desigualdad de rentas no cesa de crecer desde hace una década. Espectacularmente, la suma de las fortunas de las tres personas más ricas del planeta es superior a la producción anual de los 48 países más pobres de la Tierra y las 88 familias más acaudaladas ostentan tanto patrimonio como todos los chinos juntos.

Estos amos del mundo, estos “señores del aire” que dice Javier Echeverría, nos sobrevuelan como supermanes y nosotros somos, en la sociedad mediática, los tele-súbditos de sus infofeudos. En 1999, las 200 sociedades de mayor capitalización bursátil superaban la suma del producto interior bruto de 150 naciones y las diez multinacionales más importantes, en cada sector, controlaban el 86% de las telecomunicaciones, el 70% de los ordenadores, el 85% de los fertilizantes. Congruentemente, los consejos de administración de esas compañías ejercen mucho más poder que numerosos jefes de Estado, pero incluso más que sus eventuales coaliciones.

¿Libertad? No es preciso referirse a las censuras que reaparecen hasta en Francia; la reducción de las libertades y del derecho a la privacidad ha sido tan fuerte tras los atentados del 11 de septiembre en el mundo entero que naciones como Estados Unidos viven bajo lo que sería antes un auténtico estado de excepción, con autoridad policial para llevar a cabo registros domiciliarios o vigilancia electrónica sin órdenes judiciales. “Estados Unidos apunta hacia una autoabolición de la democracia”, declaraba el conocido pensador alemán Peter Sloterdijk (El País, 2 de abril de 2003).

¿Fraternidad? En Estados Unidos, en los años ochenta, los directores generales disfrutaban de unos sueldos 40 veces más altos que la media de los empleados, pero en 2002 llegaban a ser de 400 veces más, sin que el cuidado por los desfavorecidos se manifestara más allá de las actuaciones de los voluntarios y ONG como subproductos testimoniales. Y ésta es la tendencia universal del sistema.

Instaurar una democracia fue difícil y peligroso para los ciudadanos a lo largo de casi todo el siglo XX porque esta organización siempre fue entendida no sólo como un sistema político, sino también económico. Entonces, cuando un país llegaba a la democracia, aspiraba a que el patrimonio nacional, durante siglos en manos de una minoría, se redistribuyera entre la mayoría. Pero este objetivo ha dejado de existir y, por el contrario, una de las más apremiantes tareas de los actuales gobernantes al tomar el poder es afanarse en privatizar el patrimonio público y someterse, al cabo, a los intereses de los lobbies. Nadie rehúye proclamar su fe en la democracia, pero lo cierto es que la fe siempre se refiere a aquello que no existe. La fe, en todos los casos, sólo es necesaria cuando la cosa no está aquí o no hay signos convincentes de que se encuentre en algún lugar.

El presupuesto de los Estados democráticos, las políticas de las organizaciones democráticas internacionales se han desembarazado de gran parte del peso humano del Tercer Mundo, y más de cuatro mil millones de personas han sido convertidas en residuo. El gasto anual en perfumes de Europa y Estados Unidos es ya equivalente a la suma necesaria para solucionar la salud y la nutrición en todo el planeta, y el gasto en helados, en Europa, desborda el presupuesto requerido para cubrir las necesidades de agua y saneamiento en la Tierra (Informe Anual de Naciones Unidas, 1998).

¿Ficción? Desde Australia hasta Togo, en más de 40 países han sido descubiertos casos de explotación humana equiparable a la esclavitud, pero “incluso la esclavitud de hace dos siglos pudo ser más respetuosa con la condición humana”, según Than-Dam Truong, senior lecturer en el Institute of Social Studies de La Haya. Al esclavo se le valoraba su capacidad de trabajo y, como consecuencia, su cuerno debía ser conservado, pero ahora el cuerpo se modifica o se mutila con implacables fines comerciales.

Que todo esto pueda realizarse con impunidad dentro de un mundo formalmente democratizado se debe a factores diferentes, pero fundamentalmente al destrozo de la democracia real y su reemplazo por copias falsas, versiones simuladas dentro del sistema general de ficciones.